

(A propósito del anterior tratado, *Tócala otra vez, Bach*)

«Este insólito catecismo del posturo musical va más allá de lo estrictamente amatorio: aunque los impositores sacarán provechosas ideas de sus páginas [...], pensamos que será aún más benéfico para quienes aspiran a ampliar sus horizontes sonoros o, simplemente, a disfrutar con unas horas de amena lectura. Las enseñanzas que contiene le garantizan al lector una mejora sustancial de sus (malas) artes seductivas, un valioso incremento de sus erudiciones, muchas sorpresas y unas cuantas risas.»

Joe Brown

Maledicta: The Journal of Verbal Aggression

«Si la música amansa las fieras, la sabihondez musical ablanda los corazones más refractarios a las delicias del amor. Esa es la tesis de este libro, una obra sin igual en la historia de la autoayuda inconfesable. Vihuelista en excedencia y seductor contumaz, cuenta el autor aquí los secretos del método que tantos éxitos le ha dado en la palestra del comercio carnal. Pradera es bien conocido por su ingenio, su humor incombustible y su impertinencia [...] pero no todo el mundo sabe que también es un experto en seriedades filarmónicas.»

Hilaria Schwarzenegger

Catedrática emérita de literaturas peninsulares, paquidérmicas y/o comparadas en el Razor College de Gillette, Wyoming, y editora del *Breve diccionario de enfermedades (y necedades) literarias* (Libros del Kultrum, 2021)

El astuto Pradera ha tramado en este libro un ardid diabólico (y muy propio de su ya inveterada perfidia): primero nos encandila con la añagaza de unos misterios sibilinos que algunos tacharían de capciosos: ¿sabéis cuáles eran las canciones favoritas de melómanos tan delicados como Sadam Huseín, Francisco Franco o Adolf Hitler, de sensibilidades tan exquisitas como Lauren Bacall, Audrey Hepburn o Isabel II (del Reino Unido)? Muñida esa intriga, el intrigante procede a saciar nuestros apetitos con una deliciosa (y, por cierto, divertidísima) catarata de anécdotas, calamidades y portentos que arrojan una luz nueva o hasta ahora inédita sobre varias decenas de piezas musicales. ¿Sabíais, por ejemplo, que «As Time Goes By» debe su inmarcesible presencia en *Casablanca* al inoportuno corte de pelo que padeció la icónica Ingrid Bergman? (No hemos hallado adjetivos más vulgares.) Pues bien: ese incidente es apenas el principio de la fiesta. Después vienen cuantiosos despelotes. No obstante, debemos señalar que esta obra magna no se arredra frente a ciertas observaciones algo sesudas y muy musicológicas, pero su taimado autor las viste de tal modo que brillan por su claridad hasta en los oídos más obtusos. Milagros de la divulgación bien entendida.

Aquí se nos ofrece un opíparo banquete musical (ya lo hemos dicho) cuyo rasgo más insólito es su riguroso catolicismo (eso no lo hemos dicho): imbuido de un admirable espíritu ecuménico, el padre Máximo acoge en su seno un tumulto de obras casi pecaminoso y desde luego insolente por su variedad: baja a las cabañas y sube a los palacios, transita desde lo cutre (e incluso lo chungo) hasta lo sublime sin mover una ceja displicente. Todo le interesa, nada humano le es ajeno. Así, de «Mambrú se fue a la guerra» pasamos a *Lohengrin* con pasión wagneriana; de Juanita Reina a Shostakóvich con folclórica alegría; de *La marsellesa* a «Like a Rolling Stone» con ardor guerrero y mala leche dylanita. Etcétera, etcétera. Los gustos que maneja el señor arzobispo (ya lo hemos ascendido) son severamente eclécticos porque las músicas del mundo son severamente heterogéneas: si la verdad puede brotar en cualquier sitio, la belleza brota en las melodías más dispares y el interés en los rincones más inesperados. Hasta ellos nos conduce el astuto Pradera. Que Dios se lo pague.

Cult Room
LIBROS DEL KULTRUM

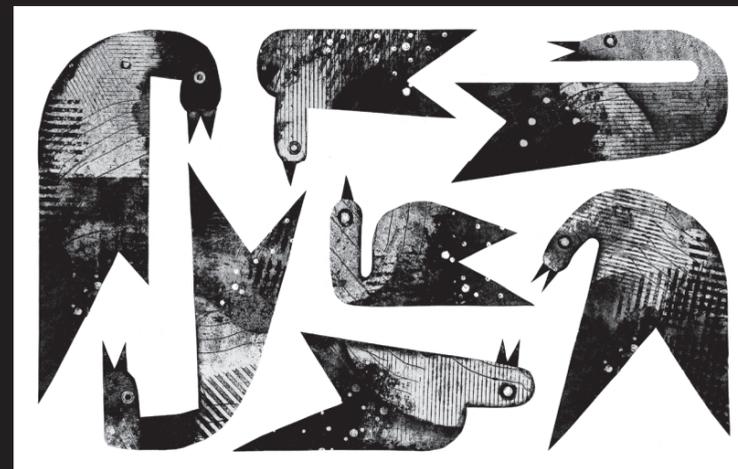


05

ESTÁN TOCANDO NUESTRA CANCIÓN
Máximo Pradera

ESTÁN TOCANDO NUESTRA CANCIÓN

LA MADRE DE TODAS LAS PLAYLISTS



MÁXIMO PRADERA

Cult Room
LIBROS DEL KULTRUM

Máximo Pradera (Madrid, 1958) no ha heredado la mítica indolencia de su abuelo materno, fundador de la Falange, letrista del «Cara al sol» y breve ministro sin cartera en el segundo gobierno de Franco, que lo destituyó por holgazán. Tras estudiar Filología y Periodismo, Máximo entró en el grupo de música antigua Atrium Musicae. Cuando se cansó de afinar el laúd cien veces al día fundó el equipo radiofónico *LoQueYoTeDiga*, con el que obtuvo el Premio Ondas Internacional de 1990. Ha sido guionista de los programas televisivos *Viaje con nosotros*, *El peor programa de la semana* y *La noche se mueve*. Durante seis años presentó el magazine diario *Lo + Plus*, por cuyo plató desfilaron importantes figuras de la cultura contemporánea. En Sinfo Radio ha dirigido el programa de música clásica *Ciclos*.

Ha escrito, entre otros libros, *Este burdel no es una ópera, ¿De qué me suena eso?* y *Madrid confidencial*, donde despelleja (políticamente) a Ana Botella. Bajo el seudónimo de Joseph Gelinek ha publicado las novelas de misterio musical *El violín del diablo*, *La décima sinfonía* y *Morir a los 27*. En 2020 ganó el Premio Jaén de novela con *El hombre que fue Sherlock Holmes*, de la que está preparando ya la segunda entrega. En septiembre publicará una *Historia de la Música* para Audible Originals. Actualmente colabora en los dos mejores espacios de la radio española: *A vivir que son dos días* y *Julia en la onda*. Trabaja ya en su cuarta novela y, cuando se cabrea, publica airados artículos (*gratis et amore*) en el Huffington Post.



NAPOLEÓN BONAPARTE

Son tantas las citas apócrifas atribuidas a Napoleón Bonaparte que su presunta opinión sobre la música podría muy bien ser perfectamente falsa. «La música es el menos desagradable de los ruidos, pero ruidos al fin». Es improbable que el emperador dijera eso porque hay numerosos y muy fiables testimonios de lo mucho que le gustaba la música. Por encima de todas las artes.

Otra cosa es que Beethoven tachara con saña su nombre en la cubierta de la Sinfonía *Heroica*, que antes le había dedicado. Lo admiró fervorosamente durante su etapa como primer cónsul porque pensaba que Napoleón encarnaba los ideales de la Revolución Francesa. Cuando se supo que había proclamado emperador en Notre Dame (1804) tachó la música de Giovanni Paisiello, Beethoven tachó el nombre y le retiró la dedicatoria.

El emperador no sabía tocar instrumento alguno, pero sí que tenía un oído excelente (las gentes distinguidas de aquella época tocaban la arpa si no dominaban el piano o el violín). Napoleón tenía una voz desagradable y rasposa, y se cantaba más como un borracho en un karaoke. Pero eso no le impidió cantar y tararear frecuentemente. Veamos lo que dijo en sus memorias su ayudante de cámara, Louis Comte de Camille: -

Napoleón era un gran amante de la música, especialmente de la italiana. Y como todos los grandes melómanos era muy difícil de complacer. Le habría gustado cantar, pero no tenía oído en absoluto. Aunque eso no le impedía tararear de vez en cuando algunas melodías que lo habían impresionado. Era sobre todo



MARLENE DIETRICH

Marlene Dietrich acudió a *Desert Island Discs* en enero de 1965. Al igual que Julie Andrews, ella también confesó ser una enamorada de Ravel. Pero lo que uno no podía esperarse es que esta *femme fatale* se declarara fan total de *La consagración de la primavera* de Stravinski, cuya versión dirigida por el propio compositor, afirmó que se escuchaba a todas partes. Marlene, que siempre ha sido muy distinguida, se refiere todo el rato a este ballet por su nombre original en francés: *Sacre du printemps*. Y le quita el artículo, como suelen hacer los asiduos a la ópera, para restregarnos lo familiarizados que están con el repertorio. Verbigracia: «El año pasado vi una *Fanciulla* sublimada, si uno no sabe que Puccini escribió una ópera titulada *La fanciulla del West*, se queda en la inopia.

La Consagración es una obra durita, muy rompedora y disonante incluso hoy en día. No es música para ponerse de fondo mientras una se relaja en el camerino. Para entender la elección de la Dietrich, que no creo que sea postureo, es preciso tener presentes dos cosas:

1) Marlene estudió duramente para ser concertista de violín, y solo una lesión (de la que ahora hablaremos) la apartó de su propósito.

2) La Dietrich conoció personalmente a Ígor Stravinski, con el que mantuvo un delirante diálogo. Tras confesarle, como haría hoy una grupi de C. Tangana, que él era su ídolo absoluto, Stravinski le preguntó qué parte del ballet le gustaba más.

